

te vencido por esta ilustre sábia; pues en el tiempo en que varios hombres no han producido aún un solo libro, la Sra. Dacier ha publicado cuatro.» Por último, teneis á Teresa de Jesus y á Sor Inés de la Cruz, poetisas de gran mérito que inmortalizaron sus nombres con los dulces acordes de sus liras.

Infinidad de celebridades femeninas podia citar aún, pero creo no hay necesidad, puesto que con las ya indicadas basta para demostrar que la mujer es capaz de todo lo bueno que pueda hacer el hombre.

Lo que ha faltado á la mujer para poder desarrollar sus facultades intelectuales, ha sido la instruccion; pues no cabe duda que, con perversas miras, se ha pretendido tenerla siempre sumida en una ignorancia supina.

Hoy que la mujer ha despertado de ese letargo que le ha hecho permanecer en la inaccion durante tantos siglos; hoy que por todos los ámbitos del mundo se han levantado templos augustos á la diosa ciencia, donde el sexo bello puede ir á rendir culto á esa diosa, puede ir á saborear la ambrosía dulce y benéfica de la instruccion; hoy, repito, la mujer dejará de ser la esclava del hombre en todas las clases sociales, y ocupará su verdadero lugar: el de tierna y generosa compañera.

Aun hay más: la mujer es la representacion genuina de la perfecta caridad sobre la tierra; esta bendita virtud, es la que ella escoge como tema para desarrollar el encantador á la par que tierno poema de su vida.

¡Oh! bien se comprende que los que infaman á la mujer, jamas han de haber leído ese poemá sentimental de constante martirio; pues de otra manera, conocerian los sacrificios inmensos que ella tiene que hacer para cumplir su mision respecto á la humanidad; mision difficilísima á ella encomendada por el Hacedor Supremo, por ser la única capaz de cumplirla y llevarla á su feliz término. Y vosotros que renegais de la mujer, que pretendéis zaherirla sacando á relucir lo que llamais sus defectos, ¿no os habeis fijado jamas en que entre ellas existe la que os dió la vida que teneis, la que con sus caricias y sus cuidados os rodeó de una aureola brillante de amor y de ternura?... ¿no recordais, hijos desnaturalizados, que maldiciendo á la mujer habeis maldecido á vuestra propia madre?...

Voy á ser ingenuo para confesar que existen entre el sexo femenino, aunque en infinita minoría, seres desgraciados cuya existencia va arrastrándose pesadamente por el fangoso sendero del vicio; pero ¡ay! que todas esas infelices criaturas que hoy son señaladas con el dedo del desprecio como el ludibrio de la sociedad, ayer eran tan puras, como pura es la gota de cristalino rocío que se posa en el cáliz perfumado de la rosa, cuando al alborear el dia abre ufana la linda flor su aterciopelada corola.

¿Cómo es—me diréis,—que de la cúspide luminosa de la pureza se han desprendido esas desdichadas mujeres para venir á revolcarse en el negro antro del vicio?...

No seré yo quien conteste tan difícil como delicada pregunta, pero lo hará quien para ello tiene irreprochable y justificada autoridad: ¡la historia! Abrid la parte de ese libro donde se asientan las desgracias de la pobre especie humana, buscad la página correspondiente á cada una de esas criaturas descarriadas, y en ella encontraréis escritos con caracteres rojos, los relatos más tristes, los dramas más sangrientos, cuyo argumento, generalmente, es un prólogo donde abunda el romanticismo, en el que figuran: un galán *mentirosamente* enamorado y una virgen casta y sencilla.

Y bien: examinemos, analicemos detenidamente cada una de esas páginas á que nos hemos referido; busquemos en el terreno de la severa lógica, la causa que ha producido tan lamentables efectos, y encontraremos ¡oh vergüenza! que la causa única y verdadera, se nos revela en dos palabras que son el mentis más terrible que puede darse á los que maldicen á la mujer; esas palabras son: *el hombre*.

Ya veis que no es la mujer la causa general de todas vuestras desgracias, sino vosotros mismos.

Ya veis que la mujer es buena; que en ella reside todo lo bello, física y moralmente hablando, todo lo generoso, todo lo delicado; porque es un sér real y verdaderamente célico; el más fino y delicado esfluvio de la Divinidad.

¡Hombres que habeis infamado, que habeis maldecido á la mujer, comprended que en ello cometisteis un verdadero sacrilegio; arrepentíos de vuestra ligereza, prostraos de hinojos ante la reina y señora del mundo, y exclamad con toda la vehemencia, con toda la sinceridad de los corazones leales: ¡benditas sean las mujeres!

México, Junio de 1884.

GABRIEL VILLANUEVA.

Á LA EMINENTE ACTRIZ PORTUGUESA

LUCINDA SIMÕES.

¿Qué clara estrella presidió tu cuna?
¿Cuál es el sol que alumbra tu carrera?
Bajo este solio de la azul esfera,
Cual tú, mujer, no existe otra ninguna.

Jamas se agostarán, por tu fortuna,
Las flores de tu eterna primavera;
Que en tu serie de lauros, placentera,
Por tí verás que brotan una á una.

Sus perlas te da el mar, el verjel flores
Rinde á tu genio colosal, fecundo,
La tierra sus diamantes brilladores;

Y al brindarte homenaje el más profundo,
Tu nombre con tus triunfos y loores,
En página inmortal escribe el mundo.

Oporto, 1884.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.